ESPAÑA PINTORESCA.

SAN FRANCISCO DEL MONTE.

Poco mas de treinta millas de Córdoba, por la parte del Norte, en lo interior de Sierra-morena, en un áspero cerro, á cuya falda corre un riachuelo, en los pasados siglos llamado *armilata*, y hoy con la palabra *wad*, ó segun otros *guid*, que le añadieron los árabes, y alguna corrupcion es conocido con el nombre de *Guadalmellato*, estuvo situado un célebre monasterio llamado San Zoilo Armilatense, del que salieron algunos monjes para padecer el martirio durante la dominacion arábiga. En el paraje que ocupó, se ven aun rastros de edificio y una cueva notable que conserva todavía el nombre de San Zoilo. Por bajo de ella forma el rio un gran remanso abundante de pesca, con la que, segun escribe San Eulogio, se alimentaban los monjes.

Destruyóse el monasterio de San Zoilo; y despues de muchos siglos se vino á fundar otro en aquellos sitios que parecian destinados para la vida cenobítica. A una milla de aquel, y á una legua de la villa de Adamuz, por bajo de un elevado monte llamado posteriormente el alto de Jesus, Martin Fernandez de Andujar fundó en una heredad suya en 1385 el convento de San Francisco del Monte, que fue trasladado al sitio que hoy ocupa, en 1394.

Aquel ameno y solitario sitio, rodeado de escarpados montes coronados de ermitas, y la vista de aquel antiguo edificio, abándonado de sus moradores, y ya ruinoso y convertido en escondijo de reptiles, y alvergue de animales montaraces, inspira sentimientos melancólicos, y ofrece á la consideracion el contraste del vario espíritu de los siglos. En aquellos tiempos tan fecundos en fundaciones de este género, no contentos nuestros mayores con trasformar las poblaciones en conventos y monasterios, empleaban sus caudales en multiplicarlos en los desiertos y despoblados; y ya en nuestra era abolidos estos

institutos, serán en adelante objeto solamente de la curiosidad de los venideros, á los cuales bastará que no existan para que deseen conocerlos, y se complazcan en encontrar las memorias que de ellos haya conservado la historia.

Entre seis ermitas que hay en aquellas asperezas, mas ó menos cerca del convento, se cuenta una llamada de *Jesus*, construida en la cumbre de un escarpado monte de piedra de figura cónica, de mas de 480 pies de elevacion, á la cual se sube por una ágria senda, que formando en parte de su tramo una escalera de 60 gradas, aun ofrece peligro á los que intentan trepar á tan elevada cumbre.

Viniendo de Córdoba el Rey D. Felipe IV en 1624 desde la villa del Carpio, pasó á la de Adamuz con el objeto de montear en su término, y habiendo estado en San Francisco del Monte, concedió la gracia de poder acotar media legua alrededor del convento. Para festejar á este monarca, se le dió una música desde un ciprés que hay en el pátio llamado de los aljives, cuya magnitud es tal, que doce músicos estuvieron colocados, sin ser vistos, entre sus ramas. Este árbol es acaso anterior á la fundacion del convento, y tiene de alto 25 varas, de circunferencia el tronco 5, y 45 la copa, por lo que no se ha visto otro semejante.

L. M. Ramirez Casas-Deza.

COSTUMBRES PROVINCIALES.

LAS BODAS DE LOS CHARROS.

> Plusque ibi boni mores valent quam alibi bonæ leges.
>
> Tacito.

No es en Madrid donde se ha de estudiar á España, dice uno de los pocos viajeros que han acertado á formar un juicio sólido sobre nuestro pais, ó han sabido descargar la pluma de animosidad y de pasiones. Y aunque seria tarea larga y difícil la de investigar el carácter y circunstancias locales de cada provincia, para conocer á fondo el carácter y espíritu de toda la nacion, tambien es cierto que esta circunstancia deberia enseñar á los que tan fácilmente juzgan, á ser mas reflexivos y prudentes. Pero ha degenerado ya en las naciones estrañas esta literatura cuando se aplica á nuestras cosas, y con el nombre de *viajes* suelen ver la luz pública novelas interesantes y leyendas sabrosas y divertidas.

Es cierto que nosotros estamos distantes todavía de apreciar como se debe la índole de nuestros pueblos, despreciando hasta ahora el estudio profundo y detenido de sus costumbres, mirando esta como ocupacion de poco interes, y cuando mas de mero placer y recreo. Pero no es asi. Aun prescindiendo de lo que puede ilustrar nuestra historia oscura é impenetrable á veces, en ninguna parte podrian buscarse datos mas seguros para formar una buena estadística. Porque si se trata de averiguar cuales son las fuerzas morales, físicas y políticas de una nacion, nunca se presentará un cálculo mas exacto que cuando se valuan justamente cada uno de los elementos que la constituyen, y es bien sabido que la índole y carácter de los habitantes entra en mucho cuando se hace con fidelidad esta valuacion. En España especialmente, en que cada provincia tiene sus distintivos esenciales y en que no es posible formar una regla general, es necesario para no equivocarse á menudo, examinar la constitucion y forma de ellas con mas detencion y mejor criterio. Los usos y las costumbres que los caracterizan son el mejor y acaso el único resorte para conocer la índole de los individuos, porque ¿no son la espresion de esta á despecho de las leyes y del trascurso de los siglos?

Con estos antecedentes se concibe ya porque en una sociedad en que se han de emplear las facultades de cada uno en el objeto que les corresponda, y en que se ha de sacar partido de los recursos suministrados por la naturaleza y disposiciones de sus individuos, se hace indispensable estudiar y observar detenidamente las costumbres y los usos de los pueblos. Es incalculable la influencia que tienen estos en la organizacion social; probablemente si nos dedicasemos á su estudio, encontraríamos la solucion de muchos fenómenos políticos que hasta ahora no ha sido posible esplicar. Y como á veces son el único fragmento que nos queda de aquellas creencias y espíritu de la antigüedad, fuentes de claros y gloriosos hechos, debemos respetarlos como herencia singular y preciosa, ya que la tendencia de la época se dirija á extinguirlos como antiguas y dañosas preocupaciones.

Pocas naciones pueden ostentar en esta materia rasgos tan señalados y distintos como España. Nuestra patria, como producto de muchos pueblos, como teatro de las mas singulares peripecias, y como pais eminentemente religioso, debia conservar alguna huella de la combinacion y de los importantes resultados producidos por estas circunstancias.

Si paramos la consideracion en la primera de ellas, encontraremos en cada provincia una sociedad con sus tradiciones, sus leyes y sus preocupaciones morales. Veremos crecer estas á la sombra de los fueros y del régimen gubernativo, y las hallaremos tan desplegadas en el reinado de D. Fernando el Católico, que producirán una especie de reaccion sobre sus planes monárquicos, y no bastarán á borrarla del todo ni la mano de hierro de Felipe II, ni el torrente y desoladoras consecuencias de una guerra civil. De este orígen podemos derivar las prácticas y ceremonias de independencia y libertad que se celebran en farsas y representaciones en muchos pueblos de España.

Tambien podemos atribuir á esta causa los privilegios y condiciones consignados en los reglamentos municipales de otros para la eleccion de sus miembros; en fin, todos los títulos, franquicias, preferencias, funciones, aniversarios y demas prácticas ú ordenanzas que se encuentran tan á menudo, ya que se registren los archivos de los ayuntamientos de los pueblos, ya que se observen sus usos y costumbres.

Pero hay algunas de estas cuya solucion es difícil de hallar á primera vista, y que no se puede encontrar ni aun proximamente sin alzar la losa de siglos muy apartados y remotos. Tal es entre otras la boda de los *Charros* de Salamanca, sobre la que, habiendo nosotros formado algunas conjeturas, no nos atrevemos á presentarlas por temor de prolongar demasiado este artículo, y de hacerlo sobremanera árido y cansado. Ademas de esto, pluma harto mejor cortada que la nuestra ha delineado ya en el tomo

anterior de este periódico, el carácter y vida del pueblo sobre que gira este artículo, y así entraremos sin mas preliminares á describir sus bodas.

Designado el dia, pedida la novia y hechos los preparativos de ordenanza, la primera diligencia es buscar padrinos entre las notabilidades de la ciudad mas próxima, si es que los novios son personas de circunstancias y categoría; para esto se juntan en cabildo los parientes y amigos de los dos futuros esposos, y despues de madura y séria deliberacion se acuerdan las personas que han de ejercer tan importante y respetable cargo. Una comision que preside el padre, se dirige al dia siguiente á la ciudad y propone al padrino electo la determinacion de la junta; por su parte hace lo mismo el padre de la novia respecto á la madrina, y si son aceptadas reciben algunos regalos y agasajos por via de anticipo ó sea manera de esplicarse, con que los padres agradecen la buena voluntad de los padrinos.

Hecho esto ya pueden volverse contentos y satisfechos á su aldea, y emplear el tiempo restante en avisar á los parientes y amigos de la comarca, en hacer provisiones y en *jalvegar* las paredes interiores y lavar y fregar los pisos. Entre las ocupaciones preliminares, ninguna es de tanta importancia como la eleccion del traje y arreo de los novios, como piedra donde han de aquilatarse á ojo de los prácticos el gusto, riquezas y esperanzas que hay que prometerse de ellos.

Llegado el dia se trasladan los padrinos y convidados al lugar del concurso; suele suceder que no quepan en la casa, pero este es un óbice de poco momento si se atiende á que no dura mas que un dia ó dos, y á que las mas de las bodas de los Charros suelen ser en la primavera, época en que no hace daño el sol. A las nueve suena la campana y se dirige el acompañamiento á la iglesia; el novio y la novia separados por supuesto muchas varas.

Esta procesion tiene algo de lúgubre y magestuosa; los hombres con sus larguísimas capas y sombreros del pais, las mujeres vestidas de negro y cubierto el rostro con los lados de la mantilla; todos silenciosos, marchando á paso lento y divididos en grupos. A la mitad de la carrera se empiezan á oir cantares de todos los ángulos de las calles, que van en aumento á medida que se aproximan á la iglesia. Las amigas solteras de la novia apostadas de antemano en los parages por donde ha de pasar el marital cortejo, entonan á su tránsito cantares tristes y lamentaciones, en que ponderando la carga y obligaciones que impone el santo sacramento, exhortan á los novios á que se arrepientan de su propósito con tiempo; y crecen los lamentos y el tono de voz á medida que se van acercando á celebrarlo. ¡Valor á toda prueba y una intencion bien firme se necesita para arrostrar este coro, que como si fuera á salvarlos de un peligro inminente, se precipita, esfuerza la voz y apresura oficiosamente el canto cuando ya está á punto de celebrarse la ceremonia! Pero á la vuelta otras son ya las funciones de la funesta música, pues como si hubieran cometido una falta irremediable, amonestan á los dos esposos á llevarse pacientemente sus recíprocas impertinencias, atendiendo á que ya no hay remedio, ni es posible arrepentirse de lo hecho. Semejante costumbre parece una de aquellas alusiones y personificaciones de los griegos, que con tanta frecuencia presidian sus ceremonias y actos públicos y religiosos; pero á esto solo se reduce su analogía sin que pueda hallarse otra alguna entre los matrimonios de los antiguos y estos que describimos.

De vuelta á casa y llegada la hora de comer, se disponen, si el tiempo es á propósito, largas mesas sobre la yerba y en los parages mas frescos y defendidos del sol. Allí se sientan todos los convidados y parientes de los novios, y allí encuentra tambien alivio y consuelo la indigencia, siendo comun ver á los proletarios y labradores miserables que atraidos por el ruido de la fiesta, gozan abundantemente y en mesa separada de las profusiones del banquete. Testigos de estas fiestas no podemos dar una idea del cuadro patriarcal que se ofrece en semejantes dias á la consideracion del observador, y que no poco le afecta con recuerdos de otras edades, cuyas lisonjeras descripciones han dado campo vasto y anchuroso á la poesía. En la mesa se guarda silencio durante los primeros platos; pero despues se canta y se improvisa. Ordinariamente son coplas apologéticas de los padrinos y de los desposados; y es curioso ver aquellos sencillos labriegos que sin haber leido á Boileau ni á Horacio, ni saber leer por la mayor parte, se embarazan tan poco cuando les toca disparar su *cuarteta*. A decir verdad no hay gran motivo, porque puesta aquella sociedad bajo un pie de tolerancia el mas á propósito para fomentar la aficion al arte, no repara en la desigualdad de los versos, ni pone gran cuidado en que carezcan de asonante ni de consonante, con lo cual se abre puerta franca á los arranques y al genio de cada uno.

Concluida la comida que se pasa toda en cantares y brindis, se forma el baile en sitio ya preparado y casi siempre en el campo. Si hay quien baile rigodones y contradanzas no falta algun violinista encargado con algunos dias de antelacion á la ciudad, y aquellas primeras horas se pueden dedicar á bailes aristocráticos.

Pero entrada ya la tarde, no es lícito privar á la novia de sus regalías y privilegios, ni desautorizar la fiesta de la ceremonia que le da mas consideracion. Se forma un círculo general y ancho, se coloca el tamboril en parage oportuno, y comienza el baile con castañuelas y grande estrépito y algazara. A un lado del círculo, en el interior esta la presidencia de los padrinos, y á poca distancia una mesa con una bandeja. Es costumbre en tales casos que todo el que haya de bailar con la novia coloque algunas monedas en una manzana dividida en cuatro partes, la cual pasando desde las primeras vueltas á sus manos se hace dueña por el mismo hecho de las monedas, y aunque continúa bailando con ella, fija en la punta de un cuchillo, en la mano, concluido el baile las arroja en la bandeja que forma en semejantes dias una pequeña dotacion de todos los que asisten á las fiestas. Llámase *ofertorio* y sirve de estímulo para que los padrinos y demas allegados hagan alarde de su liberalidad y desprendimiento. Otras veces suelen envolverse las monedas en papeles; pero esto se ha desechado ya casi generalmente, porque daba márgen á burlas y juegos en que al paso que se ponia en ridículo á los desposados, diezmaba en gran parte sus intereses pecuniarios. Antiguamente esta práctica era seguida de un abrazo y un beso que, sino podia sustraerse, tenia que recibir la desposada del que bailaba con ella; pero los charros de estos tiempos mas rígidos en sus costumbres, han desechado esta como inmoral y ofensiva al pudor, verificándose así que solo este pueblo modelo de virtud y de honradez, marche contra la corriente del siglo que parece anegar en su curso el edificio ruinoso y harto socabado ya de la moral y de las creencias.

El baile puede continuar de este modo hasta ponerse el sol. Entonces se estrecha el círculo, y á la bandeja y monedas reemplaza una pequeña banqueta y sobre ella un aparato de madera con un vizcocho grande circular de almidon ó harina, que llaman *rosca*. Solamente una pareja está autorizada para bailar al rededor, siendo tales las vueltas, rodeos y cambios que se dan en esta oca-

sion, que saber hacerlos es el tipo de perfeccion en materia de bailes del pais, y son pocos los que pueden lisonjearse de esta ciencia que necesita ensayos prévios y grandes estudios anteriores. Y no parece sino que á beneficio del baile y ceremonia adquiere la rosca virtud y mérito particular, porque concluidas las fiestas se parte cuidadosamente y se hace regalo de ella á los padrinos y personas de mas consideracion que asisten al convite.

Por la noche tienen los mozos del pueblo libertad para arrancar formalmente al novio de manos del padrino y sujetarlo á otras prácticas menos autorizadas, como son atarle y desatarle con una coyunda, y otras mas ó menos violentas y alusivas á la ceremonia ó á la consideracion de su nuevo estado.

Por último, en las altas horas de la noche, y cuando ya estan todos durmiendo, es costumbre inalterable entrar en la habitacion de los casados y servirles un plato prevenido ya para el caso. Esto mismo se observa en algunos pueblos de *Landes* y otros departamentos meridionales de Francia. Si continuamos escribiendo sobre una provincia tan fecunda en curiosidades de todos géneros, como poco esplorada hasta ahora, no será la única vez que encontremos semejanzas en las costumbres con algunos muy distantes, lo cual aunque á primera vista parece indiferente, podrá no ser estéril en consecuencias.

Por lo demas estos usos conservados desde remota antigüedad y al traves de guerras y convulsiones políticas, van cediendo á la influencia innovadora de la época actual, y ya los grandes propietarios y caciques de la tierra desdeñan autorizarlos en sus bodas, quedando relegados por lo mismo entre la gente de menos valer y nombradía.

J. Arias Giron.

GEOGRAFIA ESPAÑOLA.

REGION CANTABRICA.

Así puede llamarse en nuestra península aquella faja de tierra que por el espacio de 110 leguas por lo menos, se extiende de E. á O. en su extremidad septentrional, y cuya estrecha latitud no comprende mayor línea que de 8 á 15 leguas al aire; y al contemplar este pais, aun sin mas auxilio que una simple carta, se le vé desde luego en cierto modo separado del resto de la tierra sin estar aislado de ella. Un mar inmenso y proceloso, llamado por allí *Cantábrico*, le limita por el Norte; y una cordillera de peñascos altísimos forma sus confines meridionales. Este sistema de montañas, de los principales de la península, es llamado por algunos *Pirenaico*, por ser una continuacion de los Pirineos propiamente dichos; y otros *Cantábrico*, por dominar á las costas del gran golfo conocido con este nombre en España, y de *Gascuña* en Francia. La elevacion de sus peñascos es enorme en algunos puntos, y la larga permanencia de las nieves en ellos, indican que pocos cederán á los Pirineos y aun á algunos de los Alpes. Los hay de menor altura, pero siempre la suficiente para que puedan merecer el nombre de encumbrados para contribuir con los demas á formar aquel gigantesco antemural que parece estar dispuesto á fin de contener la gran masa de agua del Oceano en aquellos paralelos septentrionales. No deja de tener varias sinuosidades, y termina con el cabo de *Finisterre* en los abismos marítimos del Atlántico. Compónese de varias materias: en unas partes ferruginosas, en otras graníticas y de guarzo, aunque tampoco faltan muchos cerros calcáreos y marmóreos. Despréndense de esta cordillera en toda su extension, una multitud de estribos que perdiendo gradualmente su altura á proporcion que se separan de ella, se allanan ya en las cercanías del mar. De aqui puede inferirse que toda esta region es sumamente quebrada y fragosa, ó mas bien una série de peñascos que dejan entre sí valles profundos y encajonados. La costa es muy desigual y sinuosa; y por eso contando los ángulos numerosos que forma, tiene 140 leguas de contorno. Los furores del Oceano han ido progresivamente destruyendo todos los terrenos que, ó por menos elevados ó por compuestos de materias mas débiles, no han podido resistir á la accion de las olas y de las mareas en la sucesion continuada de los siglos. Asi se ven en toda su extension una multitud de senos, rias, calas y ensenadas, que algunas de ellas se internan dos y tres leguas, y otras aunque muy pequeñas no lo son en plea-mar. Las peñas mas fuertes y elevadas que han opuesto un dique á tan terrible elemento, son las que en el dia forman los puntos prominente, que se conocen con los nombres de cabos de *Finisterre* y *Ortegal* en Galicia, de *Peñas* en Asturias, de *Quelfo* en Santander y de *Machichaco* en Vizcaya. Toda esta extensa costa está llena de puertos, mas ó menos importantes, segun su naturaleza, capacidad y fondo; y entre ellos se distinguen los del *Ferrol y Coruña* en el gran seno *Brigantino*. *Bibero y Rivadeo*, *Gijon*, á pesar de sus defectos, *Santander*, *Santoña y Pasages*.

Si se atendiese solamente á la latitud septentrional de estos paises y á su rápida pendiente al N., desde luego debian ser de los mas frios que se conocen en las regiones meridionales de Europa; pero estas circunstancias se hallan modificadas por la proximidad al mar y por las contínuas lluvias en que acaso influye mucho la naturaleza de sus numerosas montañas. Desde luego esta region se distingue de las demas de la península por su clima nevuloso y húmedo. Su aspecto es muy vario y singular. Aquellos enormes picos del mediodia: los cerros secundarios: los valles que dejan entre ellos fertilizados por arroyos y rios, que atendida su topografía no pueden ser de largo curso: la vista del mar y el contínuo verdor y frondosidad debida al clima y á la cultura, todo esto unido ofrece puntos de vista pintorescos y muy semejantes á los de Suiza y de varios paises del Norte, en los que la naturaleza ostenta todas las bellezas de una agradable melancolía. Estos mismos montes y collados cantábricos, están enriquecidos con bosques inmensos de árboles propios de los climas frios y húmedos, distinguiéndose los robles, hayas y acebos; y en pocos parajes del reino se cria tan buena madera de construccion. El espino albar crece en algunos sitios á considerable altura, y las márgenes de los rios se ven adornadas con una multitud de árboles de ribera, mientras las aldeas y caseríos disimulan en muchos cantones su pequeñez por los plantíos que las circundan. Los nogales; los avellanos, y sobre todo los castaños, son excelentes, tanto en su madera, como en su fruto; y los manzanos de una multitud de especies diversas, parece que se hallan en su verdadera y única patria; tan rico y variado es su fruto del que se

estrae la *sidra*, licor muy grato; y con el que se suple en estas provincias la falta del vino que exige otros climas muy diversos y que tanto abunda en muchos de nuestros distritos del Sur. No es este artículo solo del que carecen en general aquellos habitantes, sino de otros dos muy esenciales, á saber: aceite y trigo. El maiz, cuya cosecha es muy copiosa, sirve de base al pan que alimenta á la mayoría del pueblo, que por otra parte tiene otros muchos medios de subsistencia en sus ganados, frutas y pesca. Las plantas leguminosas, judías en particular, cubren sus verdes campiñas, y sus colinas se hallan cubiertas de arbustos, brezos, argumas de varias clases y plantas medicinales.

La humedad del pais proporciona abundantes pastos que forman uno de los ramos de la riqueza territorial, como lo es tambien y considerable el de la pesca que hace subsistir á no pocos pueblos litorales. Todo el mundo sabe cuán apreciable es este ramo en la costa cantábrica, y cuanto se distingue de la de otros puntos en la copia, variedad y calidad de los pescados; pero aunque en lo general es excelente en toda esta línea marítima, sobresalen no obstante por afamados los *reos* de Puente de Eume: otros peces de la ria de Betanzos, los *salmones* de Rivadesella, los *besugos* de Laredo, las *sardinas* de Bermeo, las *angulas y jibiones* de la ria de Bilbao; en fin, los *congrios*, *mógiles y sollos*. Hallánse *lobinas*, *cabras*, *mubles*, *matranas*, *mocharras*, (*sparus annularis*) *chiribitos*, *carraspines*, *villabas* y otras muchas especies poco conocidas. Tambien es considerable y sabrosa la pesca fluviatil de sus muchos rios y ensenadas.

La poblacion es mayor en toda esta region que en las demas de España, y puede muy bien calcularse que escede de un millon y doscientos mil habitantes; que si atendemos á que solo comprende una pequeña porcion de Galicia, á su estrecha latitud y á que mas de la mitad de su superficie son montes y peñas fragosas, no podremos menos de confesar que es de las mas aventajadas de Europa. Sus pueblos, si exceptuamos á la *Coruña*, *Ferrol*, *Oviedo*, *Santander y Bilbao*, que por otra parte no pasan de medianas ciudades, no tienen sino un reducido vecindario; lo cual no es un defecto; es muy grande el número de sus aldeas y lugares, y grandísimo el de sus caseríos, cuyo sistema de poblacion dispersa se observa en toda esta larga y angosta region de muy antiguo, constituye uno de los caracteres que la distinguen de las demas de España, y es muy del caso para la seguridad pública, el mejor cultivo, y para dar mejor aspecto de vida á sus agradables campiñas. Los habitantes de esta, que puede llamarse nacion cantábrica, son por lo regular honrados y de buenas costumbres, (y como casi todos los montañeses) aman mucho á su pais, adonde quieren acabar sus dias cuando han emigrado á otras provincias: hállase en ellos mucha religiosidad, y son humanos y afables: tienen despejo y disposicion para aprender; pero mas inclinacion á las ciencias de reflexion y cálculo que no á los estudios amenos; y asi han tenido mas hombres eminentes en aquellos ramos que no en estos en que tanto han sobresalido naturales de las comarcas meridionales: por lo demas son valientes, constantes y están dotados de bastantes fuerzas físicas: en lo general tienen buena presencia y color, y pocas deformidades corporales: las mujeres son varoniles y de bello rostro. Los vizcainos y guipuzcoanos están muy preciados de sus fueros y exenciones, y los montañeses y asturianos sumamente adictos á las preeminencias y distinciones de familias, considerando á sus provincias como la cuna y solar de todas las casas ilustres de la península.

Bien se deja conocer que una region de mas de cien leguas de longitud, y compuesta en el órden civil de diversas provincias y tradiciones históricas, no ha de presentar una uniformidad tal de carácter que deje de tener muchas modificaciones. Lo que se lleva expuesto constituye el conjunto general de facciones de estos paises, ó hablando artísticamente el tono de este cuadro; pero el observador vá encontrando una degradacion de tintas desde un extremo á otro de la region cantábrica, no solamente de provincia á provincia, sino muchas veces de valle á valle: y como en todas partes caracteres mas pronunciados de provincialismo en lo interior y montuoso que en la parte costanera, en la que siempre son mayores las comunicaciones con gentes de otras comarcas.

El aislamiento físico de esta region y la naturaleza de su suelo escabroso, ha influido sobremanera en la série de sus sucesos historiales. Los encumbrados peñascos de su extensa cordillera y su fortísima trabazon, junto con la inmensidad del Oceano, han formado dos baluartes inexpugnables que han servido de coto y de barrera á la codicia y dominacion extraña. Sus agrestes habitadores ni aun tenian noticia de los cartagineses ni de los orientales que se establecian tan fácilmente en otros paises de la península mas accesibles á la intrusion de aquellos avenedizos. No son pocos los hombres instruidos que creen que Roma, aquella dominadora del universo, para cuyas legiones no eran obstáculos suficientes ni los montes mas culminantes, ni los rios mas caudalosos, halló en este rudo pais una resistencia tal, (aun en el apogeo de su poder imperial) que jamás pudo dominar sino una corta porcion de él: y solamente asi ha podido conservar en su parte oriental la antiquísima lengua *vascongada*, una de las que se hablaban en los primeros siglos.

No sabemos á punto fijo si los suevos dominaron tan á mansalva en las Asturias que pudieran contarlas como uno de los estados mas sumisos: creo que no; pero en lo que no cabe duda es que en la terrible irruccion de aquellos y otros bárbaros que inundaron á la España á los principios del siglo V, conservó su independencia el pais vascongado; y si en lo sucesivo se reunió al imperio visigodo cuando este se hallaba en la cumbre de su poder, mas bien que pais sometido seria este agregado. El formidable poder de los sarracenos, que con tan asombrosa rapidez habia conquistado tantos y tan ricos paises en Asia, Africa y en España, se estrelló por primera vez en estas rocas altísimas que pueden considerarse como el pedestal y cimiento sobre el que fué elevándose otra vez la monarquía española para llegar con el tiempo á mayor altura que tuviera en la dominacion goda. Este primitivo reino de *Asturias* (que asi se llamaba por residir alli los primeros reyes de la restauracion) comprendia todos los paises de la region cantábrica, defendida por su cordillera que en aquella época apenas tendria puntos de comunicacion que fueran suficientemente practicables con el interior. Monarquía pobre seria aquella en los primeros tiempos, pero que supo conservar su independencia y hostilizar de contínuo con éxito favorable á la monarquía rica de los Abenhumeyas que dominaba todo el resto de la península.

Asi se conservaban aquellos pueblos libres de influencias extrañas, casi siempre perjudiciales. Su cristianismo antiguo se acredita en que muchas de sus iglesias eran de creacion ya inmemorial hace cuatro siglos: no se lee que allí hubiese establecimientos de judíos tan comunes y aun numerosos en otros paises españoles; y aun la nomenclatura de sus pueblos mas antiguos se conoce que es puramente de la España primitiva: sus

diversiones tienen un orígen muy remoto, y en el acento y lenguaje de los asturianos se entreve la transicion con que en los tiempos de su monarquía iba transformándose la lengua latina en el romance que despues se llamó idioma castellano.

Sin embargo, parece que no siempre ha sido su poblacion tan aventajada como lo es actualmente. Consta que á mediados del siglo VIII se debió á la solicitud de Alfonso I el que se poblasen no pocos valles de Santander y Vizcaya, con muchos habitantes que emigraron de la vecina Castilla; bien que ya dos siglos despues se veía esta comarca en disposicion de suministrar colonos á las ciudades que se reedificaban mas acá de la cordillera pirenáica, pues consta de los cronicones de aquellos tiempos que la mayor parte de los pobladores eran asturianos, montañeses, etc. Se conoce muy bien que el sistema de poblacion dispersa que se observa en estos paises del Norte es antiquísimo, y acaso el único que existia en un pueblo sin mas industria que la agricultura, la pesca y el pastoreo. Algunos de sus pueblos fueron fundados ó mejorados en épocas ya mas conocidas en la historia. *Oviedo* debió sus principios al Rey Don Fruela I en el siglo VIII, y su engrandecimiento á su hijo D. Alfonso II. *Santoña* se pobló, ó al menos se aumentó en el siglo XI en 1042. *Santander* ó *Sant Andrés* se pobló nuevamente en 1174. *Puente de Eume* parece debió tambien su existencia a los reyes de estos siglos medios. Los señores de la casa de Haro fomentaron en el siglo XIII la poblacion de varios lugares de su señorío de Vizcaya, y poco antes el Rey de Castilla Don Alfonso VIII fundó á *Laredo y San Vicente de la Barquera*, reparando al mismo tiempo á *San Sebastian*, *Fuenterrabía*, *Guetaria y Motrico*. Aun sin finalizarse el siglo XIII, se acabaron de fundar *Tolosa*, *Segura y Villafranca*: el siglo siguiente se abrió con la fundacion de *Bilbao*, y diez años despues se levantó la villa de *Azpeitia*, cerca de las márgenes de Urola, que desemboca junto á Zumaya. En los siglos posteriores no ha dejado de erigirse algun otro pueblo, y se han engrandecido y hermoseado otros varios, algunos de ellos con notables mejoras, en particular *San Sebastian*, renovado del todo despues de la catástrofe que experimentó en el año de 1813. *Bilbao*, que pasa con razon por una de las poblaciones marítimas mas lindas de Europa: *Tolosa*, *Santander* y *Gijon*, la mas bella villa del principado de Asturias. Una de las ventajas, acaso la mayor, que esta region debe á los tiempos modernos, es la de sus comunicaciones interiores. Todo el mundo sabe cuán sólidos y hermosos son los caminos del pais vascongado, para cuya construccion debida al celo de sus naturales, ha habido que vencer dificultades al parecer insuperables: el de Santander por medio de peñas: el de Leon á Gijon que atraviesa el centro de las Asturias; y algunos otros.

F. Fabre.

EL RELOJ

DE LAS MONJAS DE SAN PLACIDO.

(Tradicion) (1).

Poco tiempo hacia que estaba concluida la obra del convento de monjas de san Plácido; es decir que mediaba el año de 1624, cuando en una noche del mes de julio, tres horas despues de haber oscurecido, entraron con paso no muy acelerado en la calle de san Roque dos personas embozadas en su largo ferreruelo. El alumbrado de Madrid en aquellos tiempos estaba al arbitrio de la atmósfera; pues el único farol que le daba alguna luz por igual en todas sus calles, era la luna; como en la noche de que hablamos estaba oculta entre negros nubarrones, habia dejado á la poblacion en una oscuridad completa, y era imposible distinguir las facciones de los dos embozados. Sin temor de ser conocidos, seguian su camino sin desplegar los labios, hasta que llegaron á la esquina de la calle del Pez donde se detuvieron, enfrente de un pequeño retablo de san Roque que habia á la esquina del convento donde ahora hay otro mas moderno.

Ambos sacaron el rostro del embozo, se miraron en silencio, y vieron sus semblantes algo turbados al parecer, iluminados por la luz moribunda que despedia un farol que alumbraba al santo. Los dos tenian la misma estatura, aunque se diferenciaban en la edad. Al mas jóven le colgaba una guedeja rubia por debajo del sombrero, y su fisonomía la animaban dos ojos azules y rasgados; la luz del farol no era suficiente para distinguir el bigote que le apuntaba. El otro era un hombre robusto, de bien pronunciadas facciones, con unos bigotes castaños, retorcidos hácia arriba, y una perilla poblada en la barba.

Breve rato pasaron en silencio, como dos personas que estan indecisas preguntándose uno á otro con los ojos en que han de resolverse, hasta que el mas jóven bajando la cabeza, dijo, despues de haber suspirado: — ¡No me atrevo á pasar adelante! — Animo, señor, le repuso el de mas edad: tiempo es ya de que se rinda esa fortaleza inexpugnable: si temeis que seamos descubiertos, debeis desechar un temor tan infundado. La hora es la mas á propósito para nuestra empresa; las puertas no nos impedirán el paso, pues las llaves estan en mi bolsillo: podeis entrar seguro hasta su cuarto. — Y no crees, Damian, que pudieran muy bien.... espérame. — Sin acabar la frase volvió pies atrás y se paró en la puerta de la iglesia, aplicando el oido por la cerradura: pasado un momento se reunió con su compañero, el cual le dijo sonriéndose: — Pues ya es sabido que á estas horas no han de estar en coro. — No seremos descubiertos? preguntó el jóven con ansiedad. — Y aunque lo fuesemos, qué mal habria en ello? dijo Damian encogiéndose de hombros. Con una sola palabra podeis hacer callar á cualquiera. — Temo... vamos Damian... tienes mucha razon.

Volvieron á embozarse bien, y doblaron con resolucion la calle, dirigiéndose por la del Pez abajo. Paráronse en la portería del convento y estuvieron un rato

(1) No puede asegurarse positivamente hasta que punto sea cierto el suceso á que se refiere esta tradicion; pero existiendo ella bastante generalizada, el autor de esta leyenda ha creido poder referirla tal como ha llegado á sus oidos.

escuchando, al cabo del cual tomaron la calle de la Madera, donde segun se vió era el término de su viaje. Al llegar á la puertecilla pequeña que hay á mano izquierda, dijo Damian sacando un llavero: — Ya estamos, á Dios gracias. — Abre pronto, dijo el jóven, porque sino tal vez me arrepiento. — No tardó tanto en decirlo como en estar espedito el camino. Entraron con mucho cuidado cerrando la puerta trás sí, y despues de haberse cerciorado de que no se percibia á su alrededor ni el mas pequeño suspiro, sacó Damian una linterna que traia debajo del ferreruelo, y vieron que estaban en un cuarto junto á la cocina. — Sabes el camino? dijo el jóven. — Si no me ha engañado el sacristan, creo que acertaremos. — Pues vamos, vé delante guiando. — Andad de puntillas. — Malditos borceguies como suenan! — Mucho silencio.

Acabado este pequeño diálogo, prosiguieron internándose en el convento, y pasados algunos claustros llegaron á una celda donde se pararon, y cuya puerta fue abriendo Damian muy pausadamente. El jóven se acercó al oido de su compañero y le dijo en voz apenas inteligible: — Quedate aquí fuera, y si pasa por casualidad alguna religiosa impedirás que alborote... si es necesario dila quien soy — Damian bajó la cabeza repetidas veces en señal de que estaba enterado, y se quedó en el claustro recostado en la pared, volviendo á ocultar la linterna.

El jóven entró en la celda, que era un cuarto pequeño, cuyos únicos muebles consistian en un tablado y un reclinatorio, donde estaba orando una religiosa; delante de ella tenia una imágen de santa Teresa con dos búcaros con flores, y en medio una lamparilla que daba una luz muy escasa. Ya fuese por poca resolucion, ó porque le intimidase la quietud que reinaba á su alrededor, no pudo el jóven moverse de un mismo sitio, y quedó como una estátua, fijos los ojos en la religiosa. Procuraba contener su respiracion agitada y los fuertes latidos de su corazon, receloso de que descubriesen antes de tiempo la idea que le habia llevado hasta aquel sitio. Luchaba en su interior con la pasion que le dominaba y con el arrepentimiento de haberla llevado á cabo; incierto y vacilante entre estas dos ideas tan opuestas, no sabia por cual decidirse, y se hallaba sin dar la mas pequeña señal de animacion, como si le hubiera petrificado la mujer que moraba en aquella santa mansion. Largo rato pasó en tan penosa incertidumbre, y no saliera de ella á no haberse levantado la religiosa despues de acabar su oracion. Ambos se conmovieron al mirarse; el jóven se acercó á ella indicándola el silencio, y fue una advertencia inútil, pues habia caido desmayada en el suelo dando un grito. Entonces la estrechó entre sus brazos con alegría, y sentándose en el tablado la recostó en su pecho, pasando la mano por su frente, sin atreverse á sellar en ella sus labios, intimidado por la sagrada toca que la cubria. — Margarita! Margarita! — la llamaba entusiasmado, acercando su boca á la mejilla de la religiosa; — al fin te he encontrado! al fin han sido inútiles todos los medios de que te has valido para huir del amor que me abrasa. —

Margarita volvió en sí dirigiendo una mirada de compasion al jóven que la estrechaba convulsivamente y lleno de placer: con ella logró que la soltase haciéndole enmudecer al mismo tiempo. — Señor, le dijo hincándose de rodillas, ¿por qué me persegues hasta este retiro? No sabeis ya como he correspondido á vuestro amor? Cuando me hallaba en el mundo sin amparo alguno y temiendo continuamente que el poder de un monarca lograse vencer todos los obstáculos que yo le opusiese, creí que el único medio de salvar mi recato, era el encerrarme en esta clausura. Yo lo juzgaba entonces como la única muralla que no podia saltar el monarca que me perseguia. — Pues bien, Margarita, si estás viendo que nada se me opone, no podrás dudar del amor que te profeso. — No profanes esta casa donde jamás han resonado sino palabras de inocencia. — Y la pasion que me domina no la consideras inocente y pura como el cendal que te cubre? Margarita! nada deseo sino ver ese rostro hermoso y escuchar esa voz virginal en todos los instantes de mi vida. Desde la última vez que te ví, no he podido gozar un momento de placer como el que estoy gozando. — Señor!... — Margarita, ven y reposa tu cabeza en este pecho que está abrasándose en el amor mas inocente. — Huid de aquí antes que nos sorprendan, solo en mi cabeza caeria el castigo á pesar de ser inocente. — Y quién se atreveria á castigar á una persona que protege el soberano? — Sois el Rey de España y sin embargo no puede todo vuestro poder lavar la mancha del deshonor. Salid por Dios de aquí.... os lo suplico de rodillas.... no os acordeis de que Margarita existe en este mundo.... dejadme, señor, dejadme. — Margarita! — Sino salis inmediatamente, grito y os descubro; mañana se divulgará por Madrid que D. Felipe IV el Rey de España y de las Indias, en vez de velar por sus dominios, anda escalando los conventos y procurando seducir á las esposas del Señor. —

Margarita, al decir esto, se apartó del Rey señalándole la puerta con suma entereza. El Rey quedó suspenso bajando los ojos sin dar respuesta ninguna, y levantándose finalmente lleno de indignacion. — Nada, la dijo, me ha de hacer variar de resolucion: yo lograré sacarte de esta casa. — Señor! — Margarita! la pasion que me domina me tiene ciego y vuelvo á repetirte que tarde ó temprano ha de consumar su felicidad. — Y si yo os suplicase un solo favor? — Cuál es? preguntó el Rey con ansiedad y convirtiendo en alegría el furor que le dominaba. — Solo os suplico, dijo Margarita, que paseis tres dias sin entrar en esta casa. — Y el cuarto? — Podeis venir. — A esta misma hora? — A esta misma hora. — Y entonces me recibirás con mas alegría? — Os lo juro. — Y luego? — Ya vereis; salid.

El Rey estuvo un momento sin quitar la vista de Margarita, demostrando su semblante el placer que abrigaba su pecho; esta cayó de rodillas en el reclinatorio cubriéndose el rostro con las manos, luego que aquel estuvo fuera de la celda.

Tres siglos se le figuraron al Rey los tres dias que habian de pasar para que llegara la hora de la cita en que cifraba su felicidad; llegada que fue, salió de palacio con el mismo compañero que la primera noche, y ambos con mas resolucion. En las pocas palabras que hablaron durante el camino, se conocia la alegria que los animaba, y en el paso acelerado que llevaban, la certeza de un próximo triunfo. Cuando llegaron á la puerta pequeña de la calle de la Madera, vieron con admiracion que se abrió al momento por sí misma, sin que persona alguna les impidiese el paso. El Rey entró el primero, y al ir á hacer lo mismo Damian, la puerta se cerró repentinamente, dejándole en la calle. Sin reparar aquel en este raro suceso, prosiguió su marcha por los claustros, causándole no pequeño asombro el verlos alumbrados con bugías que habia colocadas de trecho en trecho: llegó á la celda de Margarita, cuya puerta estaba cerrada, y abriéndola con resolucion entró entusiasmado deseando arrojarse á sus pies: aturdido quedó y sin poder apenas respirar al encontrarse solo en aquel cuarto. — ¡Margarita! — gritó fuera de sí mirando á todos lados. — Venid y la vereis, — respondió una voz sepulcral desde el claustro: salió á él aterrorizado, y se halló en medio de las religiosas que formaban dos hileras; cada una llevaba un cirio encendido, los rostros

descubiertos, y fijos los ojos en el suelo. Fue mirándolas á todas una por una sin poder hacerse cargo de su situacion: luego que acabó de recorrerlas, lanzó un terrible grito; púsose en medio de ellas cruzando los brazos en el pecho, y dijo enfurecido brillando sus ojos encendidos por la desesperacion. — Y Margarita?—Venid y la vereis, volvió á repetir la misma voz que anteriormente.

Las religiosas empezaron á marchar muy pausadamente cantando un *de profundis*, y el Rey las siguió atemorizado, creyendo que era un sueño fatal todo lo que estaba pasando. En esta conformidad entraron en el coro que estaba cubierto con paños negros, teniendo en medio un pequeño túmulo donde estaba Margarita pálida y desencajada, rodeada su cabeza con una guirnalda de azahar, esparcidas varias flores sobre su hábito, y alumbrada por cuatro blandones.—Ahí la teneis—le dijo al Rey la abadesa, agarrándole del brazo y llavándole sin sentido hasta el féretro. Se acercó á ella agitado y convulso, clavando sus ojos en el rostro que pocos momentos antes habia creido encontrar lleno de amor y de alegria; quiso acercar sus lábios al cadáver, y no se lo permitió un sentimiento de temor que moraba en su pecho.—Margarita.....! Señor, perdonadme si he causado su muerte—al decir esto, cayó de rodillas bañados sus ojos en lágrimas, al mismo tiempo que continuaba la comunidad entonando el oficio de difuntos.

Los diferentes afectos que habian herido el ánimo del Rey en tan cortos instantes, le causaron un desmayo que se me drentó en gran manera á las religiosas; pero como al parecer ya lo tenian previsto, se aprovecharon de él para mandarle á palacio con mucho sigilo en una silla que estaba prevenida á la puerta.

A la mañana siguiente se levantó el Rey con el semblante cadavérico, y denotando una tristeza que le era imposible vencer. El primer asunto que tuvo que despachar, fue una solicitud de las monjas de San Plácido, en la que le pedian que les costease un reloj para la torre. Al escuchar el nombre de este convento le vino á la memoria el recuerdo de la noche pasada, y acordándose de Margarita levantó los ojos al cielo, procurando que no sospechase el ministro la opresion que sentia su pecho.—*Mandad, le dijo, que se haga un reloj como hasta ahora no se ha visto ninguno; decid que al dar la hora toquen las campanas de una manera que parezca que doblan por la muerte de una religiosa.*

Mientras pasaba esta escena en palacio, reinaba en el convento una alegria y un alborozo sin igual; todas las religiosas estaban alrededor de Margarita alabándole la traza de que se habia valido para librarse de las asechanzas del Rey.

Fabricóse el reloj como habia mandado el soberano, quedando hasta el dia de hoy en la misma conformidad.

CARLOS GARCIA DONCEL.

PELIGROS DE MADRID.

PASAR A TIEMPO.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.